

ALFONSO GÓMEZ MORENTÍN, CONFIDENTE Y AMIGO
DE FRANCISCO VILLA

EL FIN DE LA VIDA BÉLICA DE VILLA
Después de una penosa marcha a través del Bolsón de Mapimí,
el guerrillero tomó Sabinas Hidalgo y se rindió al gobierno

CAPÍTULO V

La marcha por el desierto continuó lentamente. El hambre, la sed y la fatiga empezaron a causar las primeras víctimas.

Cuando la situación era más desesperada, el general Francisco Villa alcanzó al general Nicolás Fernández, que marchaba a la vanguardia, y le dijo:

—*A ver, Nicolás, piensa en un rumbo hacia el cual podamos conseguir agua, aunque sea combatiendo.*

El general Fernández se detuvo un instante y después de ver hacia los cuatro puntos cardinales, exclamó:

El convencionismo

—*Mi general, me parece que hacia el norte encontramos agua; permítame partir hacia allá y yo le traeré noticias.*

Concedido el permiso, Fernández, acompañado de varios hombres, partió al galope hacia el punto señalado.

La columna hizo un alto. Todas las miradas estaban fijas hacia la pequeña polvareda que levantaban los caballos de Nicolás Fernández y los hombres que lo acompañaban.

Durante dos o tres horas reinó la ansiedad, hasta que la nubecilla de polvo, que se había perdido, reapareció.

—*¡Allá viene Nicolás!* —dijo el general Villa observando con los gemelos, y se adelantó al encuentro de Fernández.

Cuando los dos generales se encontraron, Fernández, llenó de entusiasmo, le informó:

—*Mi general, si seguimos caminando hacia el rumbo que yo llevaba, encontramos agua dentro de cinco horas.*

—*¿Cómo lo sabes, Nicolás?* —preguntó Villa.

—*Mi general, como a dos horas de camino se divisa una pequeña sierra; observé con los gemelos y pude ver cómo constantemente subían y bajaban nubecitas de polvo* —contestó Fernández.

—*¿Y qué quiere decir eso, Fernández?*

—*Mi general, son las manadas que suben y bajan en los lugares donde hay aguajes; tengo la seguridad de no equivocarme, mi general.*

—*Tienes razón, Nicolás.*

Villa emprendió la marcha hacia el punto indicado, al mismo tiempo que ordenó que le siguieran sus fuerzas.

Horas después, los revolucionarios llegaban al Presón de las Mercedes, donde encontraron el preciado líquido.

CAPTURA DE SABINAS HIDALGO

El general Villa ordenó un descanso de varios días. Hacía casi quince días que la columna había salido de Parral, cuando la marcha fue reemprendida con dirección al oriente del país.

Tras de grandes jornadas, los revolucionarios llegaron a la región minera de Rosita, evadiendo cualquier contacto con las fuerzas federales y anunciando

José C. Valadés

do, por fin, el general Villa, que el objetivo era Sabinas Hidalgo. Al llegar a las puertas de Sabinas, el guerrillero ordenó a sus lugartenientes que se evitara en lo posible el derramamiento de sangre, cayendo de sorpresa sobre el cuartel y el palacio municipal, y ocupando rápidamente las alturas.

Al mismo tiempo, llamó a Alfonso Gómez Morentín y le dijo:

—*Gomitos, te voy a dar veinticinco hombres para que ocupes con toda rapidez las oficinas del telégrafo. Luego te instalas en el federal, y ahí me esperas.*

El ataque a la plaza fue precipitado, y en unos cuantos minutos, Sabinas Hidalgo quedó en poder de los villistas.

Villa se presentó en las oficinas del telégrafo federal, donde ya se encontraba Gómez, ordenando a éste que inmediatamente se pusiera en comunicación directa con el Palacio Nacional y que pidiera en su nombre una conferencia con el presidente De la Huerta.

Gómez Morentín pidió al telegrafista oficial las debidas contraseñas y momentos después se comunicaba con Saltillo, luego con San Luis Potosí, enseguida con la Ciudad de México y, finalmente, obtuvo la comunicación directa con el Palacio Nacional.

Eran poco después de las ocho de la mañana cuando Gómez Morentín preguntó por telégrafo:

—*¿Se encontrará ahí el señor Presidente de la República?*

—No, el señor presidente llega hasta las nueve de la mañana —contestó el telegrafista del Palacio Nacional.

—*Cuando el señor Presidente llegue —agregó Gómez— favor de decirle que el señor general Francisco Villa se encuentra en la oficina de Sabinas Hidalgo y que quiere tener una conferencia telegráfica con él.*

—*¿El general Villa?* —interrogó el telegrafista de Palacio.

—*El mismo* —confirmó Gómez.

LA CONFERENCIA

Exactamente a las nueve de la mañana, el aparato de la oficina de telégrafos de Sabinas, empezó a llamar.

Cuando las oficinas de Palacio y de Sabinas estuvieron identificadas, el telegrafista de Palacio preguntó:

—*¿Se encuentra ahí el señor general Francisco Villa?*

El convencionismo

—Sí, el general Francisco Villa se encuentra en esta oficina... ¿Quién habla?

—El señor presidente de la República se encuentra aquí —contesto Palacio.

—El señor general Villa desea que el señor presidente de la República se identifique... —pidió Sabinas.

Como medio de identificación, el señor De la Huerta recordó al general Villa de alguna plática tenida con él hacía varios años en Torreón. Luego habló sobre las instrucciones que le había enviado por el comisionado que había ido a Hermosillo al iniciarse la revolución de 1920 y, por fin, le dio a conocer el texto de una carta que había enviado por conducto del ingeniero Elías Torres.

—Dígale que por lo que dice estoy seguro que hablo con el señor De la Huerta —ordenó Villa a Gómez Morentín.

Inmediatamente el presidente y el guerrillero iniciaron la conferencia.

La conferencia duró más de una hora; durante ella, el general Villa confirmó sus deseos de retirarse a la vida privada, pidiendo solamente que su gente recibiera varios meses de haberes al quedar licenciada.

Don Adolfo de la Huerta, por su parte, aceptó gustoso los deseos del guerrillero, aprobando el cubrir varios meses de haberes a los villistas que fueran licenciados, así como darles tierras para que se dedicaran a la agricultura.

Para terminar la conferencia, que fue cordialísima en extremo, el presidente de la República suplicó al general Villa que permaneciera en Sabinas, indicándole que ya ordenaría al general Eugenio Martínez, quien había sido nombrado jefe de las operaciones militares en Coahuila, para que inmediatamente se trasladara a la misma ciudad, a ultimar los arreglos.

Al terminar la conferencia, de los ojos del general Villa saltaron dos lágrimas, exclamando:

—¡Hasta que al fin hubo un hombre que me comprendiera! Ahora sí ya terminó mi carrera revolucionaria y me voy a convertir en agricultor.

LOS ARREGLOS CON EL GENERAL MARTÍNEZ

Al día siguiente llegó a Sabinas el general Eugenio Martínez. El general Villa lo recibió con toda confianza y en unas cuantas conferencias quedaron de acuerdo en la forma como había de llevarse a cabo el licenciamiento de los revolucionarios.

El general Martínez propuso –y el general Villa aceptó– que las fuerzas villistas hicieran el viaje en trenes especiales, hasta el estado de Durango, donde habían de ser licenciados.

Pero al dar cuenta el general Villa a sus lugartenientes sobre el acuerdo tenido, la mayor parte de ellos se opuso a que el viaje se hiciera por tren.

—No, mi general; debemos irnos por tierra –dijo el general Nicolás Fernández.

—*¡Pero Nicolás, si ya hemos quedado de acuerdo con Martínez sobre este asunto!* –respondió el guerrillero.

—*Mi general –insistió Fernández–, esta es la única vez que hemos contradicho sus órdenes y esperamos que nos escuche.*

El general Villa aceptó al fin, diciendo a sus lugartenientes:

—*Bueno, pos ora van ustedes con Martínez y le dicen que yo no he querido faltar a mi palabra, pero que ustedes piden que hagamos el viaje por tierra y que yo ya he quedado de acuerdo.*

Martínez, que ya se disponía a marchar hacia la Ciudad de México para informar al presidente de la Huerta sobre el resultado de su comisión, aceptó la proposición de los generales villistas.

Al día siguiente, y por vez primera desde hacía más de cuatro años, el guerrillero, al frente de sus últimas fuerzas, salió de Sabinas Hidalgo para marchar de pueblo en pueblo, donde era aclamado ruidosamente.

En Cuatro Ciénegas –pueblo natal de don Venustiano Carranza–, el presidente municipal salió a recibir al guerrillero hasta las afueras de la población, invitándolo a asistir a una sesión extraordinaria del cabildo, durante la cual fue declarado “huésped de honor de Cuatro Ciénegas”.

Villa estaba conmovido por las manifestaciones de simpatía de que era objeto en las poblaciones por donde pasaba.

A OBREGÓN LE TENÍA DESCONFIANZA

En una ocasión, durante el viaje, Gómez Morentín le preguntó si creía que ya no habría más revoluciones en México.

—*Tanto así, no sé, Gomitos, pero lo que sí te sé decir es que Francisco Villa no volverá a revolucionar. Mira, Gomitos, ya quiero dedicarme a la vida tranquila...*

—*Mi general, y ¿qué opina usted del triunfo de Sonora?* –agregó Gómez.

El convencionismo

—¿Del triunvirato, Gomitos?

—Sí, mi general; del señor De la Huerta, del general Obregón y del general Calles...

Villa quedó un momento pensativo y luego, hablando poco a poco, dijo:

—Al general Obregón no le tengo confianza; al general Calles lo considero un hombre de los que saben cumplir su palabra, cuando te dice que es amigo; al señor De la Huerta lo quiero como a un hermano.

Villa repitió esta opinión cuando al llegar a San Pedro de las Colonias, Coahuila, recibió tres cartas: una del presidente De la Huerta, la segunda del secretario de la Guerra, general Calles y otra del general Benjamín Hill.

El presidente de la República confirmaba el acuerdo habido entre los generales Villa y Martínez e insistía en la necesidad de que el guerrillero aceptara los títulos de propiedad de la hacienda de Canutillo.

Los generales Calles y Hill lo felicitaban por haber hecho la paz.

Cuando Villa escuchó la lectura de la carta del general Calles, exclamó:

—Ya ves, Gomitos; bien te decía que el general Calles, cuando es amigo, lo es de veras.

Fue en Tlahualilo, Durango, donde el general Villa aceptó, al fin, que los títulos de la hacienda de Canutillo, que el gobierno federal le daba como lugar de residencia, fuera extendidos a su nombre.

—Lo único que siento es que el pueblo mexicano crea que yo tengo grandes ambiciones y que he dejado las armas por una hacienda... —comentó amargamente el general.

De San Pedro de las Colonias, los villistas continuaron hasta el estado de Durango, donde los representantes del gobierno licenciaron a las fuerzas revolucionarias.

Al mismo tiempo, dieron posesión de la hacienda de El Pueblito al general Albino Aranda; de la de San Isidro al general Nicolás Fernández; de la de San Salvador a Lorenzo Ávalos y de la de Canutillo al general Villa.

Y así terminaron los últimos tres años de la vida guerrera de Francisco Villa.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles California, domingo 29 de marzo de 1931, año v, núm. 195, pp. 12, 14.